

MARIANELA

I

¿Se acuerdan mis lectores de Mignon, la de Goethe, la amiga, la hija adoptiva de Guillermo Meister? De fijo que sí; y todos tendrán presente que su nariz era bella, pero la boca demasiado cerrada y estrecha para una niña, en quien el desarrollo del cuerpo parecía reprimido por una mano de hierro. ¡La pobre Mignon, cuyos años nadie había contado, y que al preguntarla Guillermo, ¿quién era tu padre? contestaba: ¡El diablo mayor ha muerto! Figura inmortal en la literatura moderna, belleza misteriosa, creada por el corazón de Goethe, que era, dígame lo que se quiera, tan grande como su genio.

.....

Una noche, Teodoro Golfín, famoso oculista, se perdió por los campos buscando las minas de Socartes, allá no lejos de los cerros, detrás de los que está Ficóbriga, la patria de Gloria. Para guiarse en su camino encontró al cabo á un ciego, Pablo, y después á su lazarillo, Marianela, que cantaba en la obscuridad canciones monótonas y tristes, pero que tenían un encanto particular.

¿Quién era Marianela? ¿Qué cantaba Marianela? Yo creo que, sin saber cómo, debía cantar aquello

de *¿Kennst du das Land wo die Citronen glühn?* que era la canción de la Marianela alemana, de Mignon inmortal.

Marianela y Mignon se parecen, miradas con cierto cristal, como dos gotas de rocío; pero al que quisiera, con malicia, suponer que Pérez Galdós había recordado á Goethe al idear á *Marianela*, se le podría probar, confrontando los textos, que Mignon y Marianela son dos tipos distintos que necesitan, respectivamente, para ser creados, un genio original que los produzca. Parecerá esto una paradoja al que no piense en ello de buena fe; pero no al que medite y sienta. En el fondo humano está el parecido, no en la labor artística: si Mignon os hace sentir y llorar, casi sin saber por qué, como hace Goethe llorar tantas veces, Marianela os entenece con análogas emociones; que también Pérez Galdós tiene esa vara mágica, privilegio de tan pocos

Nadie dirá que Miranda, la de *La Tempestad* de Shakespeare, y Segismundo de *La vida es sueño*, son parecidas creaciones; y, sin embargo, cuando Segismundo encuentra á Rosaura y cuando Miranda encuentra á Fernando, el amor del salvaje, mezclado con la admiración supersticiosa, en los dos se despierta lo mismo, y Miranda y Segismundo se parecen en aquel momento. Cuando el príncipe de Polonia exclama:

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das;
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo,

¿cómo no recordar á Miranda, que al ver á Fernando dice:

«¡Ah, qué veol! ¿Es ün espíritu? Dios mío, cómo mira alrededor. Señor, creedme que es una noble figura. Pero... ¿es un espíritu?»

Estas semejanzas están en el alma humana, y las reminiscencias poéticas, quizá puramente subjetivas, personalísimas, que despiertan algunas creaciones del genio, lejos de ser en mengua de su originalidad, acrisolan el mérito de su obra.

No: Marianela no conoció á Mignon; pero es otra Mignon, es la Mignon de Pérez Galdós; como el Adán mejicano, sin saber del asiático, se le parece en todo.

Humillate y te ensalzaré, dice el Evangelio, y esta vez ha cumplido su promesa con Marianela. Del polvo colorado de una mina creó Pérez Galdós el cuerpo de Marianela, raquíptico y feo, tal vez con alguna gracia que sólo un espíritu penetrante pudiera descubrir; pero á este cuerpo unió un alma bella, apasionada y soñadora.

Una mujer que sueña, es una mujer que piensa de la manera más natural de pensar en las mujeres. Marianela es soñadora como Gloria; pero ésta posee la religión cristiana, sólida é ilustrada, no tiene que luchar con la ignorancia; es hermosa y querida por hermosa, no tiene que luchar con la Naturaleza. Sus combates son de otro género: lucha con la fatalidad del fanatismo. Marianela es una pagana, porque los hombres no la han enseñado la religión del espíritu, y los árboles, las praderas, las flores, los torrentes, el cielo con sus es-

trellas y con su sol, le han enseñado la religión de la Naturaleza. Para Marianela las flores son las miradas de los muertos antes de subir al cielo, y después que suben miran con las estrellas. Su madre, que se arrojó á una sima, allí vive todavía en su opinión, y á conversar con ella va Marianela al borde de la Trascava.

Cualquiera que haya vivido en las comarcas del Norte, entre tanta y tan alegre frondosidad; en aquellos valles pequeños y deliciosos, que parecen estuches forrados de verdura, donde se ve poco cielo y en la tierra tantas cosas hermosas, comprende el paganismo, y más que comprenderlo, lo siente. Santa Teresa, en los páramos de Avila, ¿cómo no había de ser mística? Si los anacoretas de la Tebaida hubieran habitado nuestras colinas, siempre verdes en aquellas faldas del Pirineo, hubieran comenzado por cultivar un jardín. Es fama que no hay ningún santo asturiano, y aunque yo no pueda asegurarlo, sí diré que me parece muy verosímil.

Marianela, en aquel país pintoresco, donde la Naturaleza se sobrepone á todo, porque con sus formas bellas hasta impregna el espíritu y lo satura de sensaciones, Marianela es como una mariposa: parece una flor animada por un espíritu que va volando al ras por las praderas. Pero ¡ay! que si Marianela no hubiera muerto y pudiera leer esto, me diría: «Sí, soy una mariposa de estos prados; pero ¡qué fea! Soy polvo de esta tierra, que tiene vida y se mueve, y canta y ama; pero no soy hermosa *por fuera*: y lo que no es hermoso, ¿para qué sirve? no debe vivir.»

Para Marianela es un dogma que ella no sirve para nada. ¡Qué mucho que Marianela, preocupada é ignorante, creyera esto de sí, si el autor mismo, según me han dicho, piensa que la pobre niña no vale gran cosa! Apresurémonos á reparar esta injusticia. Digamos, como Teodoro Golfín: Marianela, tú vales mucho.

Y si el autor no me cree bajo mi palabra, ayúdeme el lector á probárselo. Lea esa novela, si no la ha leído —y aunque la haya leído—y mañana hablaremos.

II

Hablaba ayer, incidentalmente, de Miranda, la más poética figura de *La Tempestad*; la mujer que en la hermosura física adivina la nobleza del corazón, toda la belleza del espíritu; pues en la novela de Pérez Galdós hay una creación también muy bella, Pablo Penáguilas, el ciego, que tiene la misma fe, cree en la armonía de la hermosura física y la moral: para Pablo es axiomático que el espíritu levantado, noble y puro, debe albergarse en cuerpo también gallardo y hermoso. Esta creencia de Pablo origina la catástrofe de Marianela. Los que sean aficionados á encontrar símbolos en las obras artísticas, podrán meditar sobre éste de la luz que el Sr. Pérez Galdós nos presenta.

Mientras Pablo vive ciego, juzga de la forma por los sentidos que tiene sanos, y, sobre todo, por

la razón y el sentimiento; una piedra tosca cristalizada se le antoja hermosa como el cielo estrellado, y es porque la proporción, la armonía que el tacto le hace comprender, le hablan de belleza. Para los que tienen vista, es un error la creencia de Pablo, y Marianela, su lazarillo, que es pagana, que adora las formas, lo que se ve, encuentra absurdas las ideas de su amo. Pero un día, en el paseo que juntos solían dar siempre por aquellos campos, Pablo le declara á Marianela que en su concepto es ella lo más hermoso de la creación; que él la quiere con toda su alma, y que por verla, más que por ver el mundo, desea la luz. La pobre niña, que ha poco, á sí misma, se llamaba fenómeno, siente el desvanecimiento de la lisonja, y se mira en el agua, decidida á encontrarse hermosa. No pueden entenderse: Pablo le está viendo el alma y ella quiere la hermosura del cuerpo. El error podía tenerlos unidos toda la vida; podían seguir amándose, gozando del engaño. .; pero la luz trae el conflicto. Teodoro Golfín cura la ceguera de Pablo, Pablo ve... pero no á Marianela, que huye de su señor, del que es su vida, del que adora como saben adorar los idólatras. Florentina, la prometida de Pablo, niña hermosa como ninguna, por dentro y por fuera, del alma y del cuerpo, es la que se presenta ante aquellos ojos que por vez primera se abren á la luz. Y Pablo, que había jurado á la Nela amor eterno, que por verla pidió la claridad del día, poco á poco se olvida de ella y encuentra en Florentina la realidad de sus ensueños. La Nela vaga por los bosques, ace-

cha como una alimaña, la morada de los Penáguilas, pero huye si se le acercan; no quiere que Pablo la vea; su dogma naturalista habla en ella con voz profética, le dice que Pablo no la amará cuando la vea. Ni siquiera le queda el placer triste de aborrecer á su rival: ¿cómo? ¡Si Florentina se ha convertido en su Providencia, ama á la Nela como á una hermana! Y además... es tan hermosa, que parece la Virgen Santísima! Marianela no aborrece á nadie, los ama á todos..., pero comprende la necesidad de morir; ella es fea, ella es la que sobra, la que no sirve para nada. Allá, en la Trascava, en aquel agujero, suena la voz de su madre que la llama; la Nela va á unirse á ella. Pero el doctor Golfín, el que dió la luz á Pablo, caza á Marianela en medio del monte, y como una presa la lleva al lado de Florentina, que lloraba la ingratitud de su amiga; la Nela está más fea que nunca, con sus dolores, con la fiebre que la abrasa; y cuando allí, en aquel sofá, tendida, arrebuada, sin parecer un ser humano, yace la infeliz entre la vida y la muerte... llega Pablo, se arrodilla, sin ver á su amor de ciego, á los pies de Florentina, el amor que nació con la luz, y posa sus labios sobre un brazo de marfil... La Nela lo ve todo. Pablo va á verla á ella; no la conoce, nunca la ha visto; pero á su contacto siente que es la Nela de sus sombras... Ni el autor describe lo que pasa por el alma de Pablo, lo *que cae* en aquel corazón, ni es posible describirlo. Lo que sucede á la Nela es más fácil de decir: se muere.

III

¿Es pesimista el Sr. Pérez Galdós? No, por cierto; y si no lo es, ¿por qué se complace en pintarnos esos dolores que parecen insolubles? ¿Es por el amor de la paradoja? ¿Es por hacer un alarde de su genio, que á tanto llega, hasta pintar la sombra más hermosa que la luz? Nada de eso. Nada que no sea serio, sincero y noble, se encontrará jamás en este novelista.

¿Son pesimistas esas melancólicas baladas del Norte que concluyen siempre con vagas resonancias del dolor? ¿Son pesimistas muchos cantares de nuestra patria, que en mitad de la alegría vienen á sorprendernos con el llanto? ¿Es pesimista la Naturaleza, que se pone tan triste al caer la tarde, tan triste que parece que se muere para siempre?

No; no hay más pesimismo que el sistemático, el desesperado. Las tristezas del arte, como las de la Naturaleza, son una forma de la esperanza. ¿Por qué es tan artístico el cristianismo? Porque es la religión triste.

No; no se busque en la obra de Pérez Galdós el pesimismo-tesis; cierto es que nos presenta una antinomia, pero no pretende hacerla insoluble. Aparte de la *tendencia* social de esta novela, queda lo más interesante en ella: esa lucha de la luz del día con la luz de la conciencia, que he procu-

rado hacer resaltar en la breve exposición que antecede. La sociedad tiene algo que aprender en este caso, sin duda; la misma religión cristiana, es decir, sus hombres, tienen también un poco que meditar; pero en definitiva, fuese ó no fuese Marianela ignorante, pagana por ignorancia; fuese ó no fuese víctima de la estupidez, del egoísmo, de la impiedad de aquellos empedernidos aldeanos, de todos modos, Marianela, fea, repugnante de figura, pero hermosa en el espíritu, amada por Pablo, ciego, y olvidada por Pablo al volver á la luz, queda como principal objeto de la obra, y la antinomia á que me refería no desaparece.

Pero esta antinomia, ¿es absoluta, es necesaria, es fatal en la vida? ¿La presenta el autor como un sarcasmo de la naturaleza, como podría presentarla un pesimista sistemático? ¿Nela es víctima de la *naturaleza de las cosas*, ó de algo que podría corregirse, de aberración humana?

Explícitamente no nos da la solución el Sr. Pérez Galdós; pero en lo más bello de su obra, en el sentido profundo que en ella se esparce como flúido incoercible, como una atmósfera espiritual, como una música vaga que no dice nada y lo dice todo, el lector recoge mil consuelos, mil esperanzas y lecciones de la más pura, de la más tierna moral. No es ciertamente un libro de filosofía *Marianela*, ni lo pretende; pero ¡cuánto encierra! ¡El espíritu ya inmortal del cristianismo, aquello de su esencia que ya no puede desaparecer, está en Marianela latente, y el que llega á sentirlo palpar allí, experimenta una sacudida extraña, una como

revelación que tiene mucho de reminiscencia! Todos los días nos predicán los filósofos más ó menos cristianos y los estéticos escolásticos, la superioridad del espíritu, la inferioridad de la naturaleza formal, aparente; pero nos dejan fríos, y por culpa de sus fórmulas impuestas y de sus exageraciones y exclusivismos, casi nos obligan á arrojarnos en brazos del ideal contrario. Y es que ellos ni entienden ni sienten toda la belleza y toda la bondad de la espiritualidad cristiana. No es la ciencia (?) subjetiva que hoy reina la llamada á revelar las profundas verdades de la vida con sus dogmatismos, con sus formularios de piedra ó con su criticismo holgazán y malévolo. Todavía (tiene razón Víctor Hugo) en ciertas esferas el arte puede ser hierofante; y en esto, un positivista, Mr. Ribot, viene á opinar lo mismo, aunque por distinto camino: él dice que la metafísica debe subsistir como poesía; yo me atrevo á sostener que más que una metafísica infundada, preocupada, vale una poesía, que siempre ha tenido grandes adivinaciones. Para las cuestiones sociales, naturales, etc., etc., quizá ya el arte sirve mucho menos que la ciencia; mas para otras regiones de la vida y de la conciencia, que muchos llaman nebulosas, pero cuya realidad se impone con un *positivismo* tan palpable como las piedras, el arte es el mejor quizá (el gran arte, el que cultiva Pérez Galdós, por supuesto) que una ciencia que no lo es, si hemos de llamar por su nombre á las cosas (1).

(1) Esto escribía yo hace diez años, y esto creo hoy

No se crea que estoy fuera de mi asunto. Hablo sinceramente de un fenómeno de conciencia real que he experimentado en la lectura de *Marianela*, que experimentarán todos los que, imparcialmente y con el supremo interés de la verdad, mediten el problema del espíritu, de su realidad, que doctrinas muy en boga quieren, no ya suprimir, pero sí confundir y borrar con mezclas de colores tornasolados ó desvanecidos. Cuando en Ateneos y Academias se oye discutir la cuestión de la espiritualidad humana, el que atiende con toda la sinceridad que merece el asunto, sale disgustado de la deficiencia fatal de tales discusiones; allí falta siempre un criterio completo; allí se abandona, se deja atrofiarse una facultad del alma apta para entender de estas cosas. A muchos de esos señores académicos de fijo se les figura que vemos visiones; que en una novela, escrita por cierto sin pretensiones, sin preocupaciones, mejor dicho, filosóficas, no puede haber revelación alguna. No es esta ocasión de discutir ampliamente el punto; yo me limito á consignar el fenómeno: Pérez Galdós, al fundar la trama de su novela, su vigor, su nervio en la antinomia de la realidad espiritual, merced á la profundidad de la idea y al supremo arte de su expresión (como mérito del artista, el más insignificante), suscita en el lector atento el sentimiento y el

firmemente, y esto prueba que las tendencias actuales de mis ensayos críticos y novelescos, no obedecen á modas extranjeras, sino á sentimientos y convicciones antiguas y arraigadas.

sentido de la transcendencia del espíritu, de su realidad inmediata; sentimiento y sentido dormidos en los más por inercia, por preocupación escolástica ó por complacencia del vicio. No es necesario, ni conveniente en muchos casos, que el artista se proponga todos estos resultados, ni es fácil preverlos, porque dependen de la situación de cada cual, y en el público el ánimo varía al infinito; ni para lograr tan bello fruto es el mejor camino procurararlo, porque la obra del arte en este punto es espontánea, cuando es buena. Es evidente que el espectáculo de la *noche serena* lleva al alma á la idea de lo absoluto; pero no es probable que las estrellas alumbren por eso y para eso. Así, el poeta pulsa las cuerdas de la lira porque ese es su modo de cantar; mas al pulsar no piensa en que al unísono vibran las fibras del corazón de quien atiende. El poeta que piensa en ello, es concienzudo; el que no, es inspirado. El Sr. Pérez Galdós no piensa en el efecto: á veces ni sospecha que exista; por ejemplo, ahora.

LA FAMILIA DE LEÓN ROCH

PRIMERA PARTE

No todo ha de ser acierto y perfección en el movimiento de la ciencia y de la cultura, y bien puede el más entusiasmado partidario de los progresos modernos reconocer los lunares que no han de faltar en la obra humana de los adelantos. Uno de los defectos á que aludo es, en mi opinión humilde, el prurito de las nomenclaturas, de las divisiones y subdivisiones infranqueables que introducen en la ciencia y hasta en la literatura, aun tratadistas que hacen alarde de muy prudentes y reservados, cuando no de escépticos. Dejo, porque no hace al caso directamente, la cuestión de la ciencia en este respectó, y me limito á tratar de las divisiones y clasificaciones en materia literaria. Pues bien: en academias, libros y hasta críticas de periódico suelen ser víctimas los míseros autores de este sistema parcelario. Tal crítico, á quien en su vida se le ha ocurrido tener razón, aplicando el *nonius* de sus abstractas cavilosasidades á la obra del ingenio, la encuentra inconmensurable, y en este caso no transige con las más patentes bellezas. Aquí nos hemos reído mucho de la antigua retórica, que tenía una casuística para el arte; pero